

ISBN 978-950-33-1739-6

**María Laura Freyre
Juan Manuel Barri
Cecilia Pernasetti
(Eds.)**

Investigar en “el campo”: experiencias de abordajes multidisciplinarios en el espacio rural y periurbano argentino



Investigar en “el campo”: experiencias de abordajes multidisciplinarios en el espacio rural y periurbano argentino

María Laura Freyre
Juan Manuel Barri
Cecilia Pernasetti
(Eds.)

**Colecciones
del CIFYH** 

Investigar en el campo: experiencias de abordajes multidisciplinares en el espacio rural y periurbano argentino / María Laura Freyre...[et al.]; editado por María Laura Freyre; Juan Manuel Barri; Cecilia Pernasetti. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1739-6

1. Antropología. 2. Etnografía. 3. Ambiente Rural. I. Freyre, María Laura, ed. II. Barri, Juan Manuel, ed. III. Pernasetti, Cecilia, ed.

CDD 301.072



Diseño de portadas: Manuel Coll y María Bella

Diagramación: María Bella



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



El trabajo de campo *en el campo*

Camila Pereyra*

Juan Barri†



Imagen 1. “Sin título”. **Fuente:** Pereyra (2023)

Introducción

El presente texto tiene como objeto principal delimitar el horizonte epistémico y metodológico de la *Etnografía* para la comprensión y explicación de los fenómenos antropológicos en los contextos rurales. En cierta medida, se trata de formular la pregunta acerca de qué tipo de concepción etnográfica nos permite alcanzar un conocimiento más acabado de la diversidad (ecosistémica, productiva y social) de los contextos rurales. De igual manera, la definición socio-territorial contenida en el concepto de *espacio social rural* (Cragnolino, 2011) también será puesta

* INDES-UNSE-CONICET / CIFYH-FFYH-UNC. Licenciada en Antropología por la Facultad de Filosofía y Humanidades-Universidad Nacional de Córdoba. Doctoranda en Ciencias Antropológicas por la Facultad de Filosofía y Humanidades- Universidad Nacional de Córdoba. Becario Doctoral Conicet. Correo electrónico: camiapereyra@gmail.com

† CIFYH, FFYH-UNC / CEA-FCS-UNC. Doctor en Estudios Sociales Agrarios. Profesor de la materia “Etnografía en Contextos Rurales”-Carrera de antropología-FFYH-UNC. Correo electrónico: jmanuelbarri@gmail.com

en discusión para interpretar y explicitar de la mejor manera posible la contribución de la etnografía a su caracterización y descripción.

De lo que se trata es, entonces, de reconocer que la intervención activa de lxs antropólogxs y lxs investigadorxs en la descripción y explicación de las relaciones y procesos de los contextos rurales -a partir del uso de las metodologías etnográficas- necesita ser problematizada a la luz de los recorridos teóricos y de investigación de aquellxs autorxs que fueron señalando los contornos disciplinares del trabajo de campo prolongado y reflexivo. Al mismo tiempo, es necesario reconocer que existe un conjunto de investigaciones sobre la *cuestión agraria* y las *nuevas ruralidades* que han avanzado sistemáticamente en la caracterización de las dinámicas propias de los procesos sociales en el mundo rural, sin los cuales el conocimiento socio antropológico agrario resultaría seriamente diezmado. En suma a esto, se pretende articular la dimensión histórica y política en la construcción y definición de un campo de estudio concreto, “lo rural”. Es decir, dar cuenta de que estos recorridos teóricos y metodológicos estuvieron (y están) atravesados por dimensiones políticas e históricas particulares para Latinoamérica en general y Argentina en particular.

Etnografía en contextos relacionales

Hacer una reconstrucción exhaustiva de los procesos históricos y metodológicos que fueron constituyendo a la etnografía en *el* recurso metodológico fundamental del trabajo de campo en la Antropología Sociocultural excede límites de este trabajo¹.

Es de interés en este trabajo la tarea de ir construyendo, con base en la contribución de diversos autores del campo de la Antropología y otros provenientes de la Sociología, una definición precisa –aunque no por ello menos flexible– que indique qué entendemos cuando hacemos referencia

1 Referencias significativas acerca de la indagación sobre la trayectoria histórica de la disciplina antropológica, las particularidades históricas y políticas que dieron lugar a la “etnografía” cómo perspectiva acuñada y aplicada para el estudio de diversos temas de investigación son tratados en Guber, 1991. “Salvaje metropolitano”; Guber, 2001. “La etnografía. Método, enfoque y texto; Ratier, 2018. “Antropología rural argentina. Etnografías y ensayos” y los trabajos historia de Silla sobre la antropología argentina relacionada con las ideas de Marcelo Bórmida (2021; 2019). También la sistematización de producciones en latinoamérica “Antropología hechas en...” coordinados por la Asociación Latinoamericana de Antropología en 2020.

a la Etnografía y al trabajo de campo. Para ello, tomaremos aquí fundamentalmente los aportes de Justa Ezpeleta y Elsie Rockwell (1983), Elsie Rockwell (1986a y 1986b), Paul Willis (1988), Rosana Guber (1991; 2001), Claude Grignon y Jean-Claude Passeron (1992), Pierre Bourdieu (1999), P. Bourdieu, J. Chamboredon y J. Passeron (2008) y Eduardo Menéndez (2010), Elisa Cragnolino (2011) y Thomas Patterson (2014).

Partimos de la idea señalada por Rockwell (1986a) y Guber (1991) de que toda descripción etnográfica lleva implícitas conceptualizaciones, siendo el proceso de reflexión teórica la mejor manera de explicitar los conceptos y los sistemas de relaciones que se van poniendo en juego en el proceso de construcción de conocimiento. Sostener que describir es una forma de interpretar, supone considerar que la teoría cumple un papel fundamental en la planificación provisoria y el diseño del trabajo de campo, y también en la interpretación de la información que vamos recopilando a partir de este. Esto significa que la conceptualización es anterior *lógicamente* a la observación, pero de ninguna manera implica defender que la formalización teórica y metodológica defina a priori *cronológicamente* el universo de lo observable. A la falsa dicotomía empirismo-racionalismo, se trata de oponer una propuesta *dialéctica y relacional* de la etnografía en el proceso de construcción del conocimiento antropológico.

Plantear una concepción *dialéctica, empírica e histórica*, siguiendo la propuesta de Patterson (2014), implica reconocer que los sistemas de referencia conceptual sirven como instrumentos a partir de los cuales asumimos el proceso de construcción del objeto de investigación. También la dimensión temporal posee un importante rol en la interpretación de las imbricaciones de los contextos locales, los contextos globales, los agentes en juego y sus formas de entender la realidad. Esto va en línea con lo planteado por Rockwell (1986a), Geertz (2006) y Guber (1991) respecto de que la tarea de los etnógrafos se constituye a partir del trabajo analítico antropológico, de *documentar lo no documentado*, aludiendo a una dimensión de los fenómenos socio-antropológicos que no es relevada por otras disciplinas de las ciencias sociales. Este elemento original e instituyente del registro de lo que aparece como ausente, y que Ezpeleta y Rockwell (1983) y Rockwell (1986b) entienden como la dimensión cotidiana de la historia no narrada de las clases dominadas, como de las perspectivas –dadas por supuestas– de las clases dominantes. Esto forma parte también de un proceso de construcción del objeto en el que se pueden incorporar

otras técnicas de investigación que nos permitirán acercarnos de manera más exhaustiva a delimitar las condiciones del espacio relacional en el que los procesos estudiados se vuelven inteligibles.

Los dilemas teórico-epistemológicos que se suscitan en torno al registro etnográfico y a la prioridad gnoseológica fundamental que tiene recuperar *la manera en que lxs agentes interpretan el mundo* encuentran respuestas teóricas y operativas concretas cuando, como señala Rockwell (1986a), no le exigimos al trabajo de campo que nos garantice la objetividad sino *asegurar la objetivación*. Esto implica reconocer el proceso de construcción del objeto como tal, esto es, como la tarea activa de lxs investigadorxs en terreno, explicitando la función estructurante de los marcos teóricos y advirtiendo la dialéctica reflexiva del proceso que conlleva construir una interpretación técnica que utiliza como insumo fundamental los sentidos y prácticas que lxs agentes despliegan en su vida cotidiana. La articulación entre “categorías nativas” y “categorías teóricas” resulta una herramienta de análisis que expande las posibilidades en la creación, construcción y retroalimentación de conocimientos. Rockwell (1986a) y Guber (1991) señalan que el método adquiere la forma de un conjunto de procedimientos que orientan la práctica de investigación, que incluye una dimensión reflexiva en el proceso de investigación, en un sentido similar al que planteaban Bourdieu, Chamboredon y Passeron (2008) y que encontraba en la *de vigilancia epistemológica* un insumo fundamental.

El trabajo analítico que guía la aplicación de los procedimientos cualitativos, que de ninguna manera implica someter el proceso de construcción del conocimiento a la esclavitud metodológica hacia modelos teóricos formalizados, debe permitir a lxs etnógrafxs reconocer en un primer momento las *relaciones sociales* particulares que definen las formas materiales y simbólicas propias del contexto estudiado en una integración de teoría y descripción (Rockwell, 1986a y Menéndez 2010). En este sentido, describir y explicar se alejan de las lecturas hermenéuticas que dan prioridad exclusiva y excluyente a la dimensión simbólica de la realidad y que encuentran en la *interpretación* de estos múltiples sistemas simbólicos locales los referentes empíricos que funcionan como su fundamento último. Evitar la tentación populista que critican Rockwell (1986a) y Grignon y Passeron (1992) no debe llevarnos a desplazar a la dimensión simbólica y cultural de las estructuras de relaciones sociales sino, por el contrario, ubicar estas subjetividades, sistemas de referencias simbólicas y prácticas

culturales en estructuras relacionales que no giran en un vacío histórico material. En tal sentido, resulta valiosa la tesis de Willis (1988: 12), quién al referirse a la forma de caracterizar la *cultura obrera* indica que no se puede partir de un modelo neutral, ni hablar como si se tratase de una categoría mental, sino que esta cultura de clase comprende experiencias y un conjunto de tipos sistemáticos de relaciones que no sólo establecen un conjunto de opciones y decisiones concretas en situaciones concretas, sino que también estructuran de manera real la forma en que se realizan y definen ese universo de posibilidades.

De idéntica forma, para un enfoque antropológico relacional es necesario enfatizar, como señala Guber (1991: 36-37), la prioridad epistémica que tiene para lxs etnógrafxs la *diversidad* propia del mundo social y la singularidad socio-cultural de los diversos grupos humanos. La estancia prolongada propia del proceso de investigación encuentra su llave de acceso a la dimensión subjetiva y simbólica cuando reconstruye la perspectiva propia de lxs agentes *nativxs*, poniendo en aplicación procedimientos cualitativos que permiten reconocer las manifestaciones culturales de lxs agentes, sin reemplazarlas por esquematismos etnocentristas. En términos de Briggs (2004), esto se traduce en mapear las cartografías discursivas de lxs sujetxs, transformando los problemas de investigación en preguntas sobre problemáticas concretas *en el campo* y no cómo escenificaciones icónicas de una otredad “única”, “original” y “aislada” del mundo social. Se trata de construir referencias teóricas-metodológicas que no sacrifiquen la alteridad en nombre de la sistematicidad. Mientras que se imponga, como imperativo metodológico, la singularidad simbólica de lo local en detrimento de los análisis relacionales que puedan dar cuenta de las diversas formas –materiales y simbólicas– en la que se desarrolla la vida social. La perspectiva del agente puede visualizarse como tal en tanto y en cuanto, como señala Guber (1991: 41-42), no se la subsuma específicamente al plano simbólico sino que se tome su significado de la totalidad, entendida como parte de las relaciones sociales. Hay que vincular el universo de los significantes que se reconstruyen atendiendo a la perspectiva de lxs agentes en las condiciones socioculturales históricamente situadas en las que se inscriben.

Plantear la importancia de la práctica etnográfica desde la perspectiva relacional es, en efecto, traer la propuesta de Elisa Cragno (2011) de entender los espacios sociales a indagar como un campo de relaciones

sociales desiguales y de poder, aludiendo a un “historicismo radical” para comprender las particularidades en los sentidos y las prácticas observadas en el trabajo de campo.

La antropología y la cuestión agraria

En el caso de las etnografías aplicadas a los espacios rurales, los contextos locales son los contextos rurales. De allí que la estancia prolongada en terreno –el trabajo de campo a partir del cual se utilizan herramientas como la entrevista no dirigida, la observación en territorio, etc.– se realice en el “campo”. Por ello, es importante definir la naturaleza de aquello que denominamos contextos rurales, donde se producen y reproducen socialmente las poblaciones nativas. Lo primero que corresponde señalar es que *lo rural* aparece como una categoría relativa que se utiliza para distinguir un conjunto de relaciones sociales diferentes a las que se dan en el espacio urbano. Y en este sentido, no alcanza con una mera distinción espacial o demográfica, sino que es necesario preguntarse por qué lo rural resulta particularmente diferente de lo urbano.

En el camino a esbozar una respuesta se puede decir que históricamente la *ciencia de la otredad* desarrolló su trabajo de campo con poblaciones que no pertenecían a las potencias colonialistas, al menos durante el largo período de constitución disciplinar. No sería dificultoso demostrar que los trabajos de campo que dieron origen a la etnografía argentina como metodología se realizaron en contextos rurales, diversos a los de las urbanizaciones de los países industrializados o en vías de industrialización. Allí se abre la primera vía de respuesta, asociada al hecho de que la concentración demográfica y funcional de la población es una característica que se acentúa a partir del desarrollo de las fuerzas productivas y la emergencia de las relaciones de producción que le corresponden, propias de esa estructura relacional asimétrica que es el modo de producción capitalista. Una de las características centrales del capitalismo como forma de organización social de la producción es su tendencia expansiva, tanto en *extensión* como en *profundidad* (Iñigo Carrera, 1991).

Una vez definida la concepción de la etnografía que entiende que los procesos socio-culturales no giran en un vacío material, la consecuencia metodológica de esta primera caracterización es reconocer la necesidad de visualizar en cada contexto local la forma en que el *capital*, como relación

social de producción, se presenta en ese territorio con sus lógicas culturales y materiales diferenciales y las compele, las subsume, las transforma o las desplaza. De tal manera, resulta imprescindible, entonces, acercarnos a alguna caracterización de esta forma en la que la diversidad –propia de las poblaciones asentadas en el medio rural– se encuentra históricamente bajo formas sociales que la ubican en una relación asimétrica. Y resulta imprescindible abordar la llamada *cuestión agraria* siendo una característica central de la expansión imperialista, la compulsión emparejadora del capital (Bartra, 2006).

Más explícita que implícitamente vemos que opera aquí la mediación de un marco teórico que dispone de un conjunto de categorías para describir el contexto relacional. Pero esta mediación que llama a atender las formas en que las personas producen y reproducen su vida material, no nos obliga a desviar la atención sobre aquello que interesa a lxs etnógrafxs: rescatar la diversidad y prestar especial atención a la perspectiva de lxs agentes. En términos históricos y antropológicos el lugar de la diversidad en la coyuntura expansiva del capital y sus formas culturales, políticas e institucionales lo ocupan las *poblaciones campesinas*, categoría que nos sirve para visualizar los procesos de producción y reproducción de la vida material y la diversidad cultural de las poblaciones nativas no capitalistas. La cuestión agraria fue durante mucho tiempo para el etnógrafo el contexto en el que se abordó la cuestión campesina, sin que ello haya implicado el olvido o la negación de la multiplicidad de identidades culturales que caen bajo esta categoría que describe a las poblaciones a partir de sus prácticas culturales en la agricultura.

Según el antropólogo argentino Eduardo Archetti, uno de los primeros antropólogos que se dedicó exhaustivamente a explicar la diversidad socio cultural a partir de esta categoría de “campesinos”, fue Erik Wolf (1971 y 1999) de quien tomamos dos referencias muy importantes en términos metodológicos. La primera señala que aun cuando se trabaja sobre poblaciones que reflejan una diversidad socio cultural que la ideología dominante busca negar, se debe evitar el prejuicio conservador de la cristalización cultural. Es decir, es necesario reconocer que tanto lo que permanece como lo que cambia debe ser explicado. Segundo, estudiar a las poblaciones campesinas, aun cuando encontremos elementos recurrentes en sus formas de organización social, productiva y familiar, no debe impe-

dirnos reconocer que estas estructuras de relaciones locales se insertan en contextos materiales y culturales más amplios y complejos.

Esta mirada antropológica sobre lo rural que reconociendo la importancia de las condiciones materiales de existencia no elimina el estudio de la diversidad social y cultural de estas poblaciones, y menos aún la necesidad de estudiarlas a partir de reconocerlas en sistemas de relaciones sociales de mayor alcance, nos permite incorporar a un conjunto significativo de antropólogos que asumieron la tarea de pensar la diversidad ante la amenaza de las tendencias homogeneizantes del capital. Entre estos se destaca el antropólogo francés Claude Meillassoux (1999), quien tomando insumos de la crítica de la economía política se dedicó a estudiar la forma en que el colonialismo Europeo sometía a las poblaciones africanas a un proceso de super-explotación basado en las lógicas económicas diferenciales del contexto Europeo y de las comunidades domésticas africanas. Llevó adelante esta tarea sin desconocer el lugar que tenían los patrones culturales hegemónicos y la ideología racista en la reproducción de esta relación de explotación.

Desde la antropología, se dedican a documentar lo no documentado en el contexto actual de profundización del capitalismo agrario. En el contexto argentino, se encuentra en el trabajo de campo prolongado, un insumo sin el cual se perderían de vista las formas diferenciales en las que las poblaciones nativas viven, interpretan y sufren estos procesos que amenazan sus posibilidades de reproducción y sus identidades colectivas. Al mismo tiempo, recuperar esta perspectiva relacional nos permite integrar la discusión sobre la *diversidad cultural* con la problemática de la *subalternidad*, los procesos concretos de resistencia y las estructuras de desigualdad construidas históricamente en el campo de “lo rural”.

la antropología y las ruralidades:

Lejos de dar por hechos a los conceptos, los estudios referidos a la ruralidad ofrecen el ejercicio constante de complejizar la realidad social. Cragnolino y Lorenzatti (2016), invitan a pensar lo rural con la cita de Neufeld que dice que “lo rural” debe ser explicado. Las autoras dicen que es importante incluir en el análisis las especificaciones ligadas con la historia, las prácticas simbólicas y las relaciones de desigualdad estructural (2016: 66). De esta forma, queremos dar lugar a la complejización conceptual y

teórica que se hizo presente en la literatura académica sobre lo rural en estas latitudes.

Fue el mismo Hugo Ratier el que ofreció, desde los comienzos, la pregunta por la definición de las poblaciones rurales y sus habitantes (2018). En los tomos de “Antropología Rural Argentina: etnografías y ensayos” (2018), el autor propone una ruta de indagación que da lugar a comprender los pueblos rurales, las identidades rurales a través del fútbol y de las redes de intercambio presentes en los poblados. Así, la dicotomía rural/urbano se difumina, y las convivencias de estos dos mundos (que se presentan como ajenas en el sentido común) crean una definición amplia y contextual de las realidades estudiadas.

De igual forma, Gras (2012) trabaja a partir de las tesis de “las nuevas ruralidades” cuestiones referidas a las transformaciones en el sector agrario argentino y cómo estas afectaron a las poblaciones rurales, tanto dispersas como más concentradas. Lo interesante de la propuesta de esta autora es que, a partir del ejercicio etnográfico de trabajar sobre el sistema agrario nacional, se articula la complejización de las múltiples y difusas concepciones de “lo rural” con una historización crítica de las estructuras desiguales de la cuestión agraria nacional.

Siguiendo esta línea, Barri (2014) propone una postura que consideramos relevante para nuestra propuesta metodológica. A partir de los aportes de Fradejas y Arias, el autor expone los peligros de reducir las nuevas ruralidades a meras descripciones, romantizaciones y “celebraciones” de las estrategias surgidas en contextos desfavorables y agudizaciones de las estructuras de desigualdad y subordinación frente a las transformaciones socioproductivas y económicas del país (en el agro chaqueño en el caso). Bajo el llamado a “no subestimar el orden superestructural” de las relaciones en contextos rurales, Barri propone indagar las emergencias y diversidades a la luz de los contextos históricos, económicos, sociales y políticos específicos.

De esta forma, entendemos la importancia de complejizar lo que entendemos como “lo rural”, separándolos de definiciones homogéneas y autárquicas, relacionadas limitantemente con poblaciones dispersas o grupos subordinados. Pero invitamos a esta compleja definición de lo rural, llamando la atención a las particularidades y diversidades etnográficas, de la mano con el reconocimiento de los modos super-infra-estructurales

que dan lugar a determinadas formas de presentar los vínculos sociales en el campo de “lo rural”.

La antropología en contextos rurales en nuestros territorios: América Latina y Argentina

La perspectiva etnográfica orienta y construye preguntas de investigación con base en la *alteridad*. La categoría de *alteridad* hace referencia a pensar y comprender lo que se observa en el trabajo mediante un proceso de objetivación, de construir para el análisis *unx otrx*. Esteban Krotz (2004) hace referencia a esta particularidad de la construcción de las preguntas de estudio de la antropología, y define este proceso como una estrategia para comprender lo que observamos e indagamos como un hecho complejo de relaciones sociales y culturales. Relaciones que merecen ser entendidas de manera tal que se pretenda dar cuenta de “cada elemento particular dentro de la totalidad cultural” (Krotz, 2004: 8). Así mismo, este autor plantea que el origen de la pregunta antropológica estuvo marcado por la idea de “contacto cultural” (2004: 7), de contacto cultural entre el *observador* que va hacia donde viven aquellas personas a quienes *observará*. Así, este autor menciona el acto de *viajar* (2004:7) como un hecho fundante en la antropología y su forma de hacer preguntas de investigación. Ahora bien, con el correr del tiempo y el desarrollo de teorías y metodologías más flexibles, la antropología dejó de ser la rama de las ciencias encargada, exclusivamente, de viajar muchos kilómetros para *observar*. Sin embargo, el *viaje* es aún un ritual antropológico que se habita, y dio (y sigue dando) inicio a numerosas investigaciones.

Esta construcción de alteridad (para la pregunta antropológica) que marcó una distinción disciplinar en su origen, sigue siendo parte del conjunto posible de herramientas de investigación. La tentación etnográfica de trabajar en la construcción de conocimientos, articulando la perspectiva teórica y la perspectiva de lxs actorxs en el campo, de *viajar* hacia el contacto cultural, no estuvo aislada de los contextos políticos de nivel global y de sus particularidades locales. La antropología en América Latina, muy tempranamente, se interesó por viajar hacia los territorios rurales, tratando de entender los distintos mundos rurales y sus lógicas. Viajar hacia el campo, hacia los distintos mundos rurales latinoamericanos, en los años 50 y 60, demuestra dos puntos importantes. El primero es que el *viaje*

que da inicio a las preguntas por unx otrx totalmente desconocidx acorta sus kilómetros, y el proceso de extrañamiento-acercamiento que propone la etnografía pasa a tener como autores a lxs mismxs habitantes del continente. Ya no se busca lo exótico extranjero, sino que se da lugar a una pregunta antropológica sobre lo (relativamente) cercano. Por otro lado, la mayoría de las primeras antropologías de nuestro continente estuvieron preocupadas en la cuestión del compromiso y accionar político revolucionario de la época. Es decir, construir con lxs sujetxs rurales, un campo de estudios guardaba relación con los procesos revolucionarios ocurridos en Rusia, China, Vietnam, México y Cuba que tuvieron como protagonistas políticos a lxs campesinxs. Hacer trabajo de campo *en* el campo respondía a un interés contextual particular. ¿Quiénes y cómo eran lxs sujetxs rurales en América Latina? Era la pregunta que estaba naciendo junto con la antropología como ciencia social empírica, y junto con la esperanza de lxs investigadorxs de procesos revolucionarios en sus respectivos países.

La construcción de una antropología que se pregunte por lo rural en América Latina tenía sus especificidades según el territorio nacional en cuestión. Lo rural y lo agrario en este hemisferio del planeta estaba (y aún está) ligado a las dependencias geopolíticas en el modo de producción capitalista. La extracción de recursos naturales, la explotación de mano de obra agrícola, la producción y venta de materias primas fueron (y son) partes concretas y claves del entramado global de producción capitalista. Esta cuestión no es menor a los fines de problematizar cómo se construye la pregunta antropológica por lo rural en la región; la construcción de *alteridad* ya no se fundaba sólo por la diferencia *a priori*, sino que se pusieron en tensión las relaciones de poder en las investigaciones, y la *alteridad* también empezó a construirse en término de desigualdades (Boivin, Rosato y Arribas. 2010: 115).

Claudia Briones (1998) propone el concepto de “aboriginalidad” para dar cuenta de los procesos en los que se da lugar la construcción de “lo indígena”. Retomamos su propuesta a los fines de pensar que “lo rural”, tal como la autora propone metodológicamente, se debe pretender de entender en una trama vertical (es decir, con una perspectiva histórica) y en una trama horizontal (es decir, es una trama geográfica). La problemática de “lo rural”, de “el campo”, no es una problemática automática y coherente, sino que no fueron, no son, ni serán lo mismo los modos en que “lo rural” y “lo agrario” se presenten a lo largo del tiempo y en diferentes territorios

continentales, nacionales y provinciales. Es decir, a modo de ejemplo, no es lo mismo ocupar lugares en los espacios sociales rurales en los años 30 que ahora, ni en Chiapas, México que en el Noroeste cordobés. Estas diferencias también tuvieron lugar en las diversas líneas de investigación y los diversos modos de trabajar con la problemática rural en el mundo². Con esto queremos decir que las definiciones sobre los contextos rurales son definiciones que se construyen relacional y contextualmente, a partir de realidades socio-históricas complejas, en oposición a ser entendidas de forma automática y lineal por el anclaje geográfico de lo rural (en contraposición a lo urbano por ejemplo) o por sujetos sociales especializadxs (como el campesinado).

Una vez expresado esto, expondremos brevemente las particularidades de hacer trabajo de campo *en* el campo en Argentina. Si se entiende el territorio nacional como un campo de relaciones, hay dos ejes en los que proponemos pensar este asunto. El primero es el de dar cuenta la relación particular que existió (y existe) con lo rural. La historia argentina tiene un gran apartado sobre su propia historia agraria. La implantación y consolidación del “modelo agroexportador nacional” resultó como apoyo fundamental para la consolidación del Estado Nación. Luego de la crisis de '30, las elites vuelcan el proyecto económico a un proceso de industrialización de materias primas, y luego se articula con los capitales empresariales, financieros y agrarios para dar lugar al modelo del agronegocio³. Es en estas relaciones sociales, políticas y económicas históricamente construidas que se consolida un modelo hegemónico para la producción agrícola en donde lo estatal, lo político, lo económico y lo agrario están estrechamente vinculados⁴, mientras que daba lugar a la subordinación y explotación de lxs habitantes de las zonas rurales.

El último de los ejes propuestos se relaciona con la forma en que el contexto argentino, sobre la construcción de lo rural, se articuló con la

2 Existe una relación entre los análisis marxistas, la condición de clase y el campesinado en los estudios sobre la temática en México; la transversalidad entre la cuestión indígena y campesina en diversos puntos de la región; la relación entre la esclavitud y el trabajo campesino en Brasil y Colombia; el accionar política, las militancias y el sector rural en Colombia y en Brasil. Por nombrar algunas de las producciones específicas en los países sobre el tema.

3 Si bien nosotros no trabajaremos este tema en particular, lo entendemos a partir del abordaje en profundidad desde la historia económica (Basualdo E., 2010; Braun, 1973; Dos santos, 1969; Cueva, 1977; Grass y Hernandez, 2013).

4 “cultivar el suelo es servir a la patria” cómo lema de origen de la Sociedad Rural Argentina.

antropología argentina. Hugo Ratier (2014; 2018) resuelve una historiación exhaustiva sobre la antropología vinculada a lo rural en el país. En relación a lo mencionado, con respecto al vínculo entre el *viaje* como ritual de investigación y al compromiso político de lxs investigadorxs, el caso argentino no se muestra exento. A su vez, Rosaba Guber (2010) aborda el momento histórico de inicio y consolidación de las ciencias antropológicas en el campo académico nacional (los años 70), vinculando este momento a los mismos nombres a los cuales hace referencia Ratier en su trabajo: Hebe Vessuri, Santiago Bilbao, Eduardo Archetti, Kristi Anne Stolen, Esther Hermitte, y Leopoldo Bartolomé. Aquellas biografías de investigadores/as que rescata Guber en el inicio disciplinar (y de las cuales remarca su compromiso político y militante con el sector rural) son las mismas que destaca Ratier para pensar los orígenes de un núcleo de antropología rural en Argentina. La pregunta sobre las relaciones sociales en el sector rural, los inicios del trabajo de campo *en el campo* y la construcción de *alteridad* en este campo en específico estuvo estrechamente vinculada con la importancia que los distintos contextos económicos y políticos del país le dieron a la realidad agraria, rural y campesina.

Referencias Bibliográficas

- Barri, J. M. (2014). ¿NUEVAS RURALIDADES EN EL AGRO CHAQUEÑO?. VEREDAS. REVISTA DEL PENSAMIENTO SOCIOLOGICO, (28), 217-230.
- Bartra, A. 2006. *El capital en su laberinto: de la renta de la tierra a la renta de la vida*. México: ITACA.
- Briggs, C. (2004) "Theorizing modernity conspiratorially: science, scale, and the political economy of public discourse in explanations of a cholera epidemic", *American Ethnologist* 31(2), 164-187
- Boivin, M.; Rosato, A.; y Arribas, V. (2010). La construcción del otro por la desigualdad. En *Constructores de otredad* (pp. 115-128) Buenos Aires: Antropofagia.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C., y Passeron, J.C. (2008). *El Oficio de Sociólogo*. México: Siglo Veintiuno Editores.

- Bourdieu, P. (2007). Comprender. En: Bourdieu, Pierre (Dir). *La Miseria del Mundo* (pp. 527-543). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Briones, C. (1998). La noción de aboriginalidad. En *La alteridad del “cuarto mundo”. Una deconstrucción antropológica de la diferencia* (pp. 155-162). Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Cragnoilino, E. (2011). La noción de espacio rural en el análisis de procesos de acceso a la educación de jóvenes y adultos y apropiación de la cultura escrita. En M. d. Lorenzatti, *Proceso de alfabetización y acceso a la educación básica de jóvenes y adultos* (pp. 191-209). Córdoba: Vaca Narvaja Ed.
- Cragnoilino, E. y Lorenzatti, M. del C. (2016). Formación docente y escuela rural. Dimensiones para abordar analíticamente esta problemática. Páginas. Revista de la Escuela de Ciencias de la Educación, (2 y 3).
- Ezpeleta, J. y Rockwell, E. (1983). Escuela y clases subalternas. En *Cuadernos Políticos* N° 37 (pp. 77-80). México: Editorial Era.
- Geertz, C. (2006). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Grignon, C. y Passeron, J. C. (1992). *Lo culto y lo popular*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.
- Guber, R. (1991). *El Salvaje Metropolitano*. Buenos Aires: Paidós.
- Guber, R. (2010). El compromiso profético de los antropólogos sociales argentinos, 1960-1976. *Avá. Revista de Antropología*, (16), Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=169020992001>. Consultado en julio 2022
- Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

- Iñigo Carrera, N. (1997). *Las nuevas condiciones en la disposición de fuerzas objetiva: la situación del proletariado*. PIMSA. Documento de trabajo n° 5. Buenos Aires. Disponible en: <http://www.pimsa.secyt.gov.ar/publicaciones/DT5.pdf> consultado en junio 2022
- Krotz, E. (2010). "Alteridad y pregunta antropológica" en Boivin, M., Rosato, A., & Arribas, V. Constructores de otredad. *Buenos Aires: Antropofagia*.
- MEILLASSOUX, C. (1999). *Mujeres, graneros y capitales*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Menéndez, E. (2010). *La parte negada de la cultura*. Rosario: Ediciones Prohistoria.
- Ratier, H. (2014). Antropólogos rurales y Antropología rural en Argentina: trayectorias y perspectivas. *QueHaceres*, (pp. 3-12).
- Ratier, Hugo. (2018). Antropología rural argentina. *Etnografías y ensayos, 1*.
- Rockwell, E. (1986). La relevancia de la Etnografía para la transformación de la Escuela. En: *Tercer Seminario Nacional en Investigación en Educación* (pp. 15-29). Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior. Bogotá: Serie Memorias de Eventos Científicos Colombianos.
- Rockwell, E. (1987). Reflexiones sobre el proceso etnográfico (1982-1985). Departamento de Investigaciones Educativas, Centro de Investigación y de Estudios Avanzados
- Willis, P. (1988). *Aprendiendo a trabajar: cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de la clase obrera*. Madrid: Editorial Akal.
- Wolf, E. (1971). *Los campesinos*. Barcelona: Labor.

Wolf, E. (1999). *Las luchas campesinas del siglo XX*. México: Siglo Veintiuno Editores.



Imagen 2. “Sin título”. **Fuente:** Pereyra (2022)